

en este punto aquello que me ofreceis, fundándome para ello en razones de conveniencia personal, antes parecería concesion á la carne que no al espíritu, y entónces mi encumbramiento debido á consideraciones de ambicion ó de vanagloria sería, no sólo para mí, sino tambien para mi familia y para el Imperio todo, un anatema; siendo mejor para mí en ese caso no haber nacido. Dejad, pues, que tome con espacio consejo del Señor y de mi propio espíritu: que yo prometo, si venís en ello, no dejar que influyan en mi determinacion ni los clamores de la muchedumbre, ni las ambiciones de quienes pudieran medrar con mi engrandecimiento, y daros en breve cumplida respuesta.»

LXXXIV.

Tres horas despues, como volviera la comision para manifestarle que su respuesta era urgente, la dió tan confusa é ininteligible, que al leerla nos parece que lo vemos turbado y confuso cual dicen las historias que hubo de quedar César cuando rehusó con fingida sonrisa la corona de Antonino y de los soldados en el circo. No lo estaba en realidad, sin embargo, sino muy sobre sí, pues al cabo de cuatro dias y á vueltas de instancias reiteradas por parte de la Cámara y de aplazamientos respetuosos y cortesés por la suya, Cromwell acabó explicándose de una manera inteligible y clara en medio de un diluvio de palabras.

«La realeza—dijo en sustancia—consta de dos partes: del título de monarca, y de las funciones de la monarquía; estando además tan ligadas estas fun-

ciones en su raíz con nuestra legislacion antigua, que todas nuestras leyes caen si no hay en su aplicacion alguna parte de autoridad monárquica; y en cuanto al título de rey, no sólo implica en mi sentir el ejercicio del poder supremo, si que tambien autoridad divina. Por lo que á mí hace, no he menester decirlo que fui elevado al puesto en que me hallo para evitar gravísimos males y daños á mi patria, y que aún cuando no trato de discutir acerca del título de rey ó de protector, pues me hallo dispuesto á servirlos, no ya de una ú otra manera, sino hasta denominándome comisario de policia, que es, despues de todo, lo que soy, para mantener el órden y la paz en la parroquia, entiendo que no hay necesidad de investirme con el dictado de monarca..., pues al cabo, ese ú otro cualquiera nombre tanto monta como el de Protector...»

Y luégo prosiguió con humildad imposible de fingir:

«Debo añadir ahora unas pocas palabras en órden á mi persona. Cuando fui llamado por Dios y preferido á tantos otros que valian más que yo para ejecutar su mandato, ¿qué posicion era la mia? La de un capitán á las órdenes de mi digno amigo Mr. Hampden, cuyas prendas de carácter y virtudes cívicas nunca serán bastantemente alabadas. La primera vez que asistí con él á una batalla vi que nuestras tropas bisoñas, indisciplinadas, compuestas de hombres no nada temerosos de Dios, sufrían derrota sobre derrota, quedando vencidas siempre. Con permiso de Mr. Hampden las infundí entónces espíritu de celo y de piedad, y eduqué á los soldados en el santo temor de Dios. Desde aquel punto cada encuentro con el enemigo ha sido prenda segura de victoria. ¡Loado sea Dios! Pues bien, así sucede y así

sucedirá en las esferas del gobierno, salvándonos á todos el celo y la piedad, sin que para lograr estos fines sea menester un rey!... Y, entended bien lo que os digo: yo, que me hallo dispuesto á sacrificarme por la salud de la patria, no creo que sea necesario hacer victima del bien general á un rey!»

Así dijo, en efecto; pero muy de otro modo pensaba, por desgracia, cuando se trató de Carlos I, cuya sangre protestaba en aquel punto por boca del verdugo, dando testimonio contra sus propias palabras de la conducta feroz y bárbara observada por él al sacrificar un monarca inocente y ofrecerlo en holocausto, no al pueblo, sino al ejército.

LXXXV.

Comenzaba entónces á recordarle la conciencia, y tal vez, á lo que dicen, para calmar sus clamores ó para reanimar sus escrúpulos, durante los días que pasaron en estas negociaciones con el Parlamento y se vió á punto de ser rey, se hizo llevar al subterráneo de White-Hall, en el cual descansaban, esperando sepultura mejor, los restos del infortunado Carlos I. ¿Qué se proponía Cromwell con esta lúgubre visita? ¿Quiso leer en los labios del rey decapitado el oráculo que venciera su incertidumbre, ó la sentencia de su ambición? ¿Quiso implorar perdón de la victima por el asesinato que consintió cometer en su persona y por el trono que le quitó con la vida? Se ignora; siendo lo único cierto y averiguado que mandó levantar la tapa del féretro donde yacían los despojos del Rey, que se alejaron á una señal suya sus acompañantes y que permaneció largo espacio en silencio y solo, frente á frente con

el muerto: ¡estoica entrevista, si no fué arrepentimiento, penitencia y suplicio en expiación de su crimen! pues de aquellas terribles meditaciones sólo podía salir más criminal aún ó más afligido y consternado. Cuando se apartó de allí advirtieron sus servidores la palidez extraordinaria de su rostro y la rígida contracción de sus labios. Asunto predilecto ha sido esta escena singular para los artistas; pero si cuantos lo han tratado sólo vieron en ella el triunfo del hombre ambicioso que se recrea contemplando el cadáver de su victima, nosotros vemos en el sombrío suceso que tuvo por teatro las bóvedas de White-Hall el triunfo del remordimiento en la conciencia del criminal.

LXXXVI.

Las cartas familiares de Cromwell, escritas por entónces, respiran la melancolía del ambicioso que ha llegado al término de sus aspiraciones y aquilatado las grandezas humanas, y siente su propia pequeñez en la plenitud aparente de la grandeza, y una manera de abatimiento del corazón desacomumbrada.

«A decir verdad,—escribe á Fleetwood, su yerno y teniente en Escocia,—mi querido Carlos, nunca como ahora he necesitado de los auxilios espirituales de mis amigos cristianos. Y mientras cada cual quiere persuadirme de la eficacia de su remedio y de la esterilidad del ajeno, el espíritu de dulzura y benevolencia que me penetra en estos momentos á todos desagrada. No obstante, yo creo estar en lo cierto y poder decir con entera verdad que mi vida es y ha sido un sacrificio voluntario y útil. Por

tanto, entiendo que debes persuadir á cuantos se hallan cerca de tí, no sólo de esto, sino de que sean moderados, pues practicando la moderacion, si el día del Señor, como dicen algunos, está cerca, ¡cuánto no resplandecerá esa virtud en quienes la hubieren puesto por obra! ¡Estoy triste! y en mi tristeza sólo me ocurre decir: ¡Quién tuviera las alas de la paloma para remontar el vuelo y apartarse de la tierra!... si bien creo ser reprehensible por extremo esta impaciencia mia, tanto más, cuanto que tengo en mi mujer é hijos vínculos que me atan dulcemente á la vida... Perdona si te aflijo con mis expansiones. Mis afectos á tu esposa y mi bendicion, si algo vale, á tu hijo, mi muy amado nietecillo.»

Ocupábase al propio tiempo en asegurar el porvenir de sus hijos, empleando parte de las cuantiosas sumas que le daba el Parlamento para decoro de su rango, y sus haberes patrimoniales, en adquirir propiedades, cuyo pormenor hallamos, así como el de las rentas que producian, en cartas dirigidas á Ricardo. Las fincas eran doce de á treinta mil pesetas cada una, y seis mil de producto anual.

«¿Qué importa lo demás?—solia decir;—les dejo por capital la gracia de Dios, que me sacó de la nada para ponerme tan encumbrado!»

No parece sino que tenía el presentimiento de hallarse cercano al término de su vida

LXXXVII

Las personas que frecuentaban su trato echaban de ver esto mismo. El cuáquero Fox, uno de los fundadores de la secta religiosa y filosófica cuya teología era la caridad, solia conversar á veces libremente con Cromwell. Acaso para visitarlo fué á Hampton-Court por aquel tiempo, y hé aqui en qué términos daba cuenta del efecto que le produjo su vista, escribiendo á un amigo comun:

«Encontré ayer á Cromwell en el parque de Hampton-Court á caballo y revistando sus guardias. Al poner los ojos en él me pareció que pasaba entre los dos el espíritu de muerte: me acerqué y vi su rostro bañado de palidez sepulcral: detuvo su caballo; le hablé de lo que padecian los amigos (los cuáqueros), y le hice aquellas advertencias que puso el Señor en mis labios; me contestó: «Venid á verme mañana;» fui, en efecto, pero me dijeron que se hallaba indispuerto, y ya no he vuelto á encontrarlo más.»

Hampton-Court, magnífica residencia feudal de Enrique VIII, era un palacio que por su traza severa y monacal debia ser muy del gusto de Cromwell, con sus anchas y macizas torres, bajas á la manera de baluartes de plaza fuerte, coronado de almenas pobladas de cornejas, y construido en medio de uno de esos bosques exuberantes y frondosos, tan gratos á la raza sajona. Las seculares encinas de su parque dilatado parecian entonces, lo propio que hoy, rivalizar en grandeza y majestad con los muros góticos y los torreones del castillo: dilatadas avenidas, envueltas en sombra y bruma, cortaban en cuarte-

l's el bosque, trazando calles de longitud extraordinaria que iban á perderse á lo léjos en los prados, cuya verde alfombra hollaban numerosas pjaras de gamos: puertas estrechas, bajas y ojivales, semejantes á las grietas y agujeros de un peñasco, daban acceso á subterráneos, cueros de guardia y salas de armas abovedadas, con las paredes cubiertas de panoplias, armaduras, escudos y banderas de los tiempos caballerescos; todo, en una palabra, respiraba, lo mismo fuera que dentro del castillo, esa majestad imponente que tan eficaz ha sido siempre á infundir respeto y aun miedo alrededor de los reyes; circunstancias que acaso influyeran en el ánimo de Cromwell para preferir Hampton-Court á las demas residencias cuyo usufructo tenía en calidad de jefe del Estado. Pero en aquella ocasion no habitaba el Protector allí sólo por gusto y esparcimiento, sino para dar salida con desahogo á la honda pena que lo afligia.

LXXXVIII.

Habia colocado la Divina Providencia cerca de Cromwell, como acontece á muchos grandes hombres, la venganza y la expiacion de sus prosperidades en su propia familia. Ya dijimos que tenía varias hijas, y añadiremos ahora que habian sido consuelo y ornato de su hogar. La primera casó con lord Falconbridge, otra con Fleetwood, la tercera con lord Claypole, y la cuarta y más jóven, llamada lady Frances, era viuda de Rich, nieto del conde de Warwick, antiguo compañero de armas del Protector, á los diez y siete años. Pero si el duelo de la hija predilecta de su madre afligia la familia contagian-

dola de su propio desconsuelo, Fleetwood, republicano celoso, en lucha siempre con la influencia de su padre político, que sufría no sin experimentar remordimientos, y combatido de las opiniones de los demócratas netos, que reputaban á Cromwell por tirano, se hallaba en continua querrela con él y lo acusaba de haber absorbido la República, salvándola; y como llevada del fanatismo y del amor, su esposa participaba de su descontento, las quejas de lady Fleetwood se añadían á las censuras del marido, amargando entre ambos la existencia del huésped de Hampton-Court cuando más menesteroso se hallaba de reposo y de paz interior. Lady Fleetwood sentía cual Bruto amor extremado y horror invencible hácia su padre, luchando en ella la fuerza de la sangre y el espíritu de secta de tal modo, que al chocar tan opuestos impulsos se olvidaba de los respetos debidos al autor de su vida; viéndose Cromwell por tanto, en medio de los afanes y desvelos de la gobernacion del país, acosado de las inyectivas de su hija republicana, erigida en censor de su política, y en el caso de temer que juntamente con su marido llegase á entrar en alguna conjura contra él; sucedo que más le aterraba descubrir que no ser su víctima. El tono suplicante de sus cartas á lady Fleetwood da la medida de las angustias de Cromwell, obligado á disculparse á los ojos de su propia familia cuando todo temblaba delante de él en Inglaterra y en Europa. Pero su hija, sin cesar agitada con la idea de la libertad perdida, sólo se calmaba por un espacio á su voz, siendo necesario de allí á poco volver á persuadirla para no tener que castigarla. Como se ve, lady Fleetwood era la Némesis de su padre.

LXXXIX.

Su hija Isabel, casada con lord Claypole, había sido siempre, al contrario de lady Fleetwood, consuelo y alegría de Cromwell, pues la joven y seductora dama tenía tanto ingenio y hermosura y tales prendas de carácter que justificaban la preferencia, y si se quiere la admiración que su padre sentía por ella, y de la cual participa el historiador realista Hume, á quien no es posible sospechar de parcial ni siquiera de justo, tratándose de la familia del verdugo de su rey, cuando dice sin ambages que poseía la interesante lady cuantas gracias y virtudes son necesarias para ser adorada de todo el mundo. Empero una de esas fatalidades aciagas que parecen obra de la casualidad, no siendo sino castigo merecido de los tiranos, quebró el corazón de la encantadora joven, causándole la muerte al cabo de prolongado martirio, y suscitó entre su padre y ella una de esas trágicas querellas de familia en que, desgarrada la naturaleza por dos contrarios afectos, no es posible sofocar el uno y reprimirlo sin hacer traición al otro: que lady Claypole, como Camila, hubo de escoger entre su patria y su amante; situación terrible cuyo único desenlace y término era la muerte.

Es el caso, que un joven del partido realista se halló complicado en una conspiración contra el poder del Protector, siendo condenado á muerte, y que aun cuando Cromwell tenía la prerrogativa de indulto y estaba dispuesto á ejercerla en aquel caso, pues sabía la tierna inclinación que profesaba lady Claypole al reo, exigió que previamente diera éste

motivo á su magnanimidad, bien solicitando el perdón, bien humillándose de cualquiera otro modo. Pero el intrépido Hewet (que así se llamaba el sentenciado), del propio modo que arrojó los peligros de la conjura, hizo frente con bizarría en aquel trance al tirano y se negó altivo á merecer su indulto por el medio propuesto. Cromwell, entonces, sordo por la primera vez á las súplicas, los ruegos, el llanto y la desesperación de su hija, que le pedía de rodillas gracia para el hombre á quien tanto amaba, mandó fuera ejecutado sin más tardanza. Lady Claypole quedó herida mortalmente del mismo golpe que acabó con su amigo en el cadalso, matando Cromwell por tal modo á su hija predilecta en la persona del adversario político. La desdichada Isabel cayó en un estado de invencible languidez, y se retiró á Hampton-Court con su madre y hermanas; pero no lograba salir de su abatimiento sino á muy largos intervalos, y entonces reconcentraba todas las fuerzas de su espíritu para dar en rostro á su padre con la sangre de su víctima, persiguiéndolo á gritos por las habitaciones del castillo y horrorizando á los familiares con sus delirios de venganza y sus alternativas de arrepentimiento y de ternura filial, vehementes y fogosas como sus querellas; trágicas escenas que hacían del palacio asiento de todo temor, misterio, consternación y remordimiento. Y mientras la vida de lady Claypole iba evaporándose, por decirlo así, entre suspiros y lamentos, lágrimas y maldiciones, la de Cromwell se consumía entre angustias, súplicas y tardios arrepentimientos, siendo lo que más lo afligía sentirse aborrecido á causa de su crueldad de un ser amado con tanta predilección por él. En efecto, se había herido en el corazón, matando el

amor de su hija, y por tan singular manera la república defraudada en sus esperanzas y la monarquía martirizada, parecían tomar terrible venganza en él, cual si se valieran la una del fanatismo de lady Fleetwood y la otra del amor de lady Claypole para desquitarse dentro de su hogar mismo de su ambición y crueldad con ambas causas: ¡estado triste y miserable, que reducía sus aparentes grandezas y prosperidades á la nada, y era motivo de lástima para sus más sañudos adversarios!

Al fin murió en sus brazos lady Claypole al mediar el invierno de 1658, perdonándolo. No así la naturaleza, pues á contar del día que su hija pasó á mejor vida, comenzó á encaminarse derechamente al sepulcro.

XC.

Aun cuando era Cromwell en apariencia robusto de cuerpo y vigoroso, y se conservara lleno de agilidad á los cincuenta y nueve años, debido esto al continuado ejercicio, á la guerra, la sobriedad y las buenas costumbres, esa parálisis del alma que se llama en el lenguaje corriente hastío de la vida le atrofió el corazón, extinguiendo en él por completo, no sólo el gusto á tratar de los negocios públicos, sino hasta de los asuntos propios y de las distracciones de familia. Lo cual advertido de sus deudos y confidentes trataron de apartar sus pensamientos del sepulcro de Isabel, obligándolo con diversos pretextos á no residir muchos días en el mismo punto y á distraer la imaginación por mil maneras. Thurloe, su secretario, y algunos amigos íntimos, de acuerdo con su mujer, le dispusieron

inesperadas revistas, cacerías y diversiones, llegando en su buen deseo al extremo de restituirlo á Londres, de donde faltaba tiempo hacia; pero todo en vano; y como aún le pareciera la capital más aborrecible que sus residencias rurales, idearon reanimarlo dándole comidas campestres, traídas de palacio y servidas sobre el césped á la sombra de árboles corpulentos en aquellos sitios más de su agrado. Este remedio fué de todos el mejor, pues con él revivieron sus aficiones de antaño, apareciendo á seguida el labrador y el ganadero bajo la vestimenta del señor de dilatado imperio; y se asociaban de tal modo en su imaginación la Biblia y la vida patriarcal á que tantas veces aluden los libros del Antiguo Testamento, con las ocupaciones de su juventud, que las echaba de ménos en White-Hall, y solía exclamar como Danton: «Dichoso mil veces el que habita en humilde cabaña y labra por sí su propia heredad.»

Uno de aquellos días que Thurloe y sus familiares le disponían almuerzos y comidas campestres, como se sintiera más despejado de tristezas que de costumbre y mejor dispuesto, quiso pasarlo todo rusticando en la soledad, y á fin de distraer mejor las horas mandó que le trajeran un ligero carruaje con los seis caballos que le habían regalado los holandeses á título de presente nacional, para probarlos en las dilatadas avenidas del parque. Dos delanteros montaban el caballo de mano de las dos primeras parejas; Cromwell hizo sentar á Thurloe dentro del carruaje, y tomando las riendas de los de lanza los puso al paso; pero los brutos, que aún no estaban adiestrados completamente, comenzaron á encañarse, arrojaron al suelo á los jinetes y rompieron á correr á la ventura, derribando al carruaje y á

Cromwell. Y como al caer el Protector se le disparase una pistola que llevaba oculta bajo la ropa, esto, con el golpe recibido y el peligro pasado, aunque sin otras consecuencias, le pareció de lúgubre presagio. Acaso pensó también Cromwell entónces en las burlas y sarcasmos á que daría lugar su caída entre los enemigos políticos y personales de su Gobierno, lo cual, unido al hecho en sí mismo y á las tristes imaginaciones que lo asediaban de tiempo hacía, contribuyó á producirle mal contenida impresion y terror indefinible. No obstante, al levantarse de entre los despojos del carruaje que yacían esparcidos por el suelo, dijo á Thurloe con forzada sonrisa:

«Está visto, amigo mio, que á las veces más difícil es guiar un tronco de caballos que un pueblo.»

XCI.

Hízose llevar el Protector á Hampton-Court, y la imágen presente de su hija querida en aquellos salones y estancias le parecia ménos dolorosa que no el olvido de los lugares que dejó en soledad y desconsuelo con su muerte. Sobrecogiólo allí fiebre lenta é intermitente, arrostrando sus primeros accesos sin que ninguno sospechara en torno suyo la gravedad del mal los primeros dias; pero como la calentura se tornara terciana y más intensa y aguda, y los médicos que fueron de Lóndres para su cuidado atribuyeran el mal y su gravedad á las marismas del Támesis que se extendian al extremo de los jardines de Hampton-Court, fué llevado al palacio de White-Hall, cual si la Divina Providencia hubiera dispuesto en sus inescrutables designios que

muriese delante de la misma ventana del mismo palacio en que por su mandato se construyó diez años ántes el cadalso del rey víctima suya.

No debía Cromwell levantarse del lecho en donde lo acostaron á su llegada de Hampton-Court; que una vez iniciado el mal, sus progresos fueron rápidos y constantes. Muchas veces se ha escrito la relacion de esta enfermedad, la última del Protector, desfigurando é interpretando sus actos y palabras durante toda ella, segun las opiniones políticas de los narradores y la necesidad que sentian de vergarse de su vida ó de honorarse con su muerte; mas felizmente un relato nuevo, auténtico é inapreciable, debido á su mayordomo, que no se apartaba de su lado un sólo momento y trasladó al papel, dia por dia y hora por hora, sus discursos y pensamientos sin omitir el menor detalle que pueda interesar, nos servirá para restablecer la verdad de los hechos; circunstancia esencialísima en el caso que tratamos, pues las palabras de la hora suprema explican los arcanos del pensamiento; como que no hay máscara que no quite la muerte al acercarse, ni tampoco hipocresía posible bajo la mano del Señor.

XCH.

En los intervalos de las accesiones de fiebre, consagraba el tiempo á lecturas piadosas y á pensar, á veces con profundo desconsuelo, á veces con cristiana resignacion, en órden á la muerte de su hija, cada dia más sentida é inolvidable.

«Leedme—dijo cierta vez á su mujer, en uno de aquellos momentos—la epístola de San Pablo á los Philipenses.»

Y leyó estas palabras:

«He aprendido á estar satisfecho en las tribulaciones que me ponga el Señor, y conozco las dos maneras de ser: el exceso de humillacion y el exceso de grandeza y prosperidad, y así sé arrostrar la una como la otra con la fuerza de Dios que me sostiene.»

La de Cromwell se detuvo.

«Ese versículo—dijo su marido—me salvó la vida una vez, cuando al ver muerto á mi primogénito, sentí el corazón herido como si me hubiera traspasado un dardo. San Pablo—prosiguió—pudo con perfecto derecho hablar así, porque correspondió á la gracia; ¡pero yo!...»

Después repuso en tono de reflexiva confianza, cuando hubo transcurrido un espacio:

«Pero el Cristo de Pablo ¿no es el mío también?

Y como era el profeta de los puritanos, el campeón de los demócratas y el mantenedor y paladin de Inglaterra para los patriotas, se rezaba por él sin cesar en los tres reinos. Las antecámaras resonaban con el murmullo sordo y perpétuo de los ministros predicadores, de los capellanes, de los inspirados y amigos de su persona y familia, que ofrecían al Señor sus gemidos para reseñar la vida del santo de la secta. White-Hall más parecía con esto santuario que palacio, y el espíritu de mística inspiración que lo movió al principio de su estancia en aquel lugar perseveraba con creces hasta el fin, pues no abría los labios sino para tratar de asuntos piadosos y nunca de materias políticas: ¡que de tal modo lo absorbía la idea de su salvación y tanto prevalecía esta sobre la de prolongar los términos de su poder!

Y aunque había designado por sucesor suyo el

mismo día que fué nombrado Protector á su hijo Ricardo en un papel sellado, archivado y perdido después, y querían los suyos que renovara el documento, demostró tanta indiferencia ó repugnancia en hacerlo que hubieron de renunciar á ello. Sin embargo, cuando le preguntaron delante de testigos si era su voluntad que le sucediera Ricardo, balbuceó con un signo afirmativo, diciendo: ¡Sí!; pero á seguida cortó la conversacion.

Era, pues, evidente que Cromwell, práctico en los negocios humanos, experto en las vicisitudes de los imperios y muy conocedor de la versatilidad de los pueblos, daba escasa importancia en su fuero interno á los testamentos de los dictadores, y que prefería fiar á la Divina Providencia el porvenir de su autoridad.

«Dios gobernará por el instrumento que más le convenga designar,—decía.—¿Quién me dió, si no, poder sobre su pueblo?»

Cromwell estaba persuadido de haber guardado el papel á virtud del cual debería de sucederle su hijo en Hampton-Court; mas fueron en vano las pesquisas que se hicieron para encontrarlo, y ya no se habló del caso. Así las cosas, Ricardo, que vivía en el campo con los padres de su mujer, llegó á Londres acompañado de sus hermanas para visitar al jefe de la familia y asistirlo y consolarlo. No era otro tampoco el móvil verdadero de su viaje, pues, del propio modo que su padre, no se forjaba ilusiones en orden á la trasmisión hereditaria del poder, ni menos lo ambicionaba; que así éste como los restantes individuos de la prole del Protector habían pasado su vida en la oscuridad del hogar y parecían todos dispuestos á volver á ella satisfechos y felices cual actores que salen de la escena y se des-

pojan de sus galas acabada que ha sido la comedia. Y como por esta causa tampoco se hicieron odiosos, ni ofendieron la susceptibilidad de nadie con muestras de insolencia y de orgullo, podían, con ser su padre nuevo Sila, mezclarse impunemente á la muchedumbre. La recíproca ternura, el mutuo y sincero afecto y las sentidas lágrimas de una familia ejemplar fueron el lujo, por decirlo así, la pompa y el aparato que rodearon el lecho de muerte del Protector de Inglaterra.

—«No lloreis así,—dijo una vez á su mujer y á sus hijos que sollozaban en su cámara:—no tengáis ni demostréis tanto amor á este mundo, y creedme, porque os hablo á punto de morir!»

Tuvo, empero, un momento en que pareció sentir cierto apego á la vida, y exclamó:

—«¿No hay quién pueda salvarme?»

Viendo que nadie contestaba, prosiguió:

—«Los hombres nada pueden; ¡Dios, todo! Voy á rezar, pues. ¿Quereis acompañarme?»

Y comenzó á rezar mentalmente, interrumpiendo de tiempo en tiempo el silencio de sus labios aspiraciones místicas y frases balbucientes que más parecían ser eco de sus plegarias íntimas.

—«¡Bien sabes, Señor, que sólo deseo vivir para glorificar tu nombre y completar tu obra! ¡Pero qué terrible cosa es, qué terrible, qué terrible,—repitió tres veces,—caer en manos de Dios vivo!»

Luego preguntó á su capellan:

—«¿Creeis que pueda el hombre perder el estado de gracia cuando ha vivido en él?»

—No,—contestó el eclesiástico;—el estado de gracia no supone la posibilidad de la recaída.

—Entonces—replicó el enfermo—estoy satisfecho, porque tengo la seguridad de haber vivido en

perfecto estado de gracia durante cierto tiempo.»

Y de esta suerte todos los problemas que le ocurrían eran relativos á lo porvenir; ninguno á lo presente.

—«Soy el último de los hombres,—prosiguió;—pero he amado y bendecido á Dios, y siento su amor en mi corazón!»

XCIII.

Hubo un momento, empero, en que se creyó dominada la enfermedad, participando él mismo de la opinión facultativa. Con esto, White-Hall y los templos de Inglaterra celebraron funciones religiosas en acción de gracias al Señor. Pero la mejoría duró poco, y la fiebre reapareció más intensa que ántes, acompañada de algun delirio y seguida de grande abatimiento.

Así las cosas, la mañana del 30 de Agosto vió un ayudante de Cromwell desde una ventana de Palacio pasar por la plaza de White-Hall al republicano Ludlow. Advertido del caso el moribundo Protector, experimentó cierta inquietud en órden á la causa, poderosa en su sentir, que lo traía en aquellos momentos á Lóndres, de donde se hallaba desterrado; y temeroso de que los demócratas se hubieran puesto de acuerdo, previendo su muerte, para promover una revolucion el día de su entierro, sin más tardanza envió á Ricardo á casa de Ludlow con objeto de sondear sus propósitos. Pero como éste le contestara que sólo negocios personales y urgentes lo traían; que habia ignorado la enfermedad de su padre hasta que llegó á Lóndres, y que partiría la tarde misma de aquel día, se tran-

quilizó Cromwell, y ya no pensó sino en prepararse piadosamente á morir, consagrándose por completo á sus devociones. Las cuales fueron tantas y tan edificantes, que su mayordomo, que no se apartaba un momento de su lado y le oyó recitar en incoherentes frases fervorosas plegarias, consignó con escrupulosidad algunas á medida que brotaron de sus labios para ejemplo de la secta, trasmitiéndolas despues á la posteridad por medio de la historia.

—«Señor,—decía en una de aquellas oraciones,—soy miserable criatura; pero estoy en tu verdad por la gracia, y espero comparacer delante de tí por este pueblo. Me creaste, aunque indigno, para ser instrumento de algun bien en el mundo y de algun servicio á mis hermanos, muchos de los cuales formaron elevadisimo concepto de mis fuerzas, miéntras que otros se regocijaron con la nueva de mi muerte. Mas no importa: continúa, Señor, colmándolos de tus favores; dáles constancia y recto sentido; ház que el nombre de Cristo sea por ellos más y más glorioso en el universo; enseña á los que confiaban [demasiado en mí, tu misero instrumento, á confiar en tí solamente; perdona á los que sienten impaciencia por hollar á este gusano, y concédeme horas de paz si así es tu voluntad.»

El siguiente dia era el aniversario de las batallas de Dumbar y Worcester, sus triunfos más gloriosos; y como llegase á sus oidos el rumor de las músicas militares que recorrían las calles de Lóndres celebrando tan señaladas victorias, exclamó:

—«¿Quisiera vivir todavía bastante para prestar á mi patria servicios iguales á los que se conmemoran hoy; pero mis horas están contadas! ¡El Señor sea siempre con vosotros!»

Pasó la noche sin dormir; y como le preguntase su enfermero, al despuntar del alba, si tenía sed ó sueño, contestó:

—«Ni sueño ni sed, sino deseo de irme con mi Padre!»

De allí á poco perdió el habla; pero movía los labios como si rezara.

Reinaba desde la víspera un huracan equinoccial, y en aquel momento se cambió en horrorosa tempestad, subiendo tanto de punto su violencia, que hasta la tierra parecía moverse á impulsos de sucesivos temblores. Los carruajes que traían á Lóndres los amigos del Protector hubieron de guarecerse, no pudiendo resistir la impetuosidad del aire y de la lluvia, en las posadas de los caminos. Estremecíanse las casas, volaban las techumbres, y los árboles de Hyde-Park caían arrancados de cuajo á impulso del viento, que los arrastraba entre remolinos de ramas y de hojas á largas distancias, cual si fueran haces de paja. Cromwell espiró á las dos de la tarde, cuando tan tremenda perturbacion de la naturaleza se hallaba en su apogeo. El huracan lo arrebató como lo habia traído. Por eso acaso la supersticion del pueblo vió algo de prodigioso en la coincidencia de aquella convulsion atmosférica tan extraordinaria con la muerte de su Macabeo; pareciéndole que habia sido necesario un esfuerzo supremo de los elementos para destruir la vida de aquel hombre, depositario de los destinos de Inglaterra, y cuya desaparicion dejaba el vacío inmenso que llenó su dictadura. La cual habia infundido tanta disciplina, é inspirado tanta sumision y terror á los ingleses, que ningun partido fué osado á moverse delante de su féretro, y que sus enemigos, como los de César, concurrieron á los funerales del

tirano dando muestras de dolo. Algunos meses hubieron de trascurrir para que la Gran Bretaña pudiera persuadirse de que ya no tenía dueño, y se atrevieran sus hijos á intentar movimientos en favor de la libertad despues de tan prolongada y memorable servidumbre. Si entónces hubiese habido un Antonio á la cabeza del ejército inglés, y Ricardo hubiera tenido las condiciones de Octavio, el Bajo Imperio habria podido comenzar en Inglaterra; mas no fué así, y al cabo de pocos días, abdicó su heredado poder el hijo de Cromwell. Bien será decir que años atras, puesto de rodillas á los piés de su padre, le pidió que no llevase al cadalso á Carlos I, y que acaso el recuerdo de aquel sangriento suceso, lección tremenda de cuan caro suelen pagar los grandes de la tierra el ejercicio del mando supremo, influyó en su ánimo para renunciar á él sin esfuerzo alguno. Hecho esto, Ricardo Cromwell abandonó el palacio de White-Hall y se recogió á su hogar de modesto ciudadano para vivir tranquilo en la oscuridad.

XCIV.

Así fué Oliver Cromwell como lo hemos descrito, despojando su carácter de la parte novelesca que no tuvo, y dejándolo reducido á los límites de la verdad histórica. Así fué, no de otro modo, el supuesto comediante á quien no comprendieron sus contemporáneos, pero al que comprendemos hoy; pues como los grandes hombres personifican el espíritu de los siglos en que nacen, y el que alentaba el xvii los tres reinos de Inglaterra era esencialmente bíblico, por eso Cromwell, que se hallaba más pene-

trado de él que ningun otro, fué representante, natural y legítimo de aquel tiempo, y por eso mismo no fué político ni ambicioso, Octavio ni César, sino Juez del Antiguo Testamento; sectario tanto más activo y resuelto, cuanto era más supersticioso, y tanto más rígido é inexorable, cuanto era más fanático. De ser superior á su época, no habria ejercido tanta influencia en ella; por eso tambien si la naturaleza lo hizo inferior al papel que debia representar, la supersticion suplió todas sus faltas: como que Cromwell fué un Calvino batallador, que con la Biblia en una mano y la espada en la otra, dirigió sus esfuerzos á la salvacion de las almas ántes que á la conquista del Imperio. Pero mal impuestos los historiadores del espíritu que informa la verdadera conducta de Cromwell, confundieron estas dos aspiraciones, equivocándose al considerarlas, sin advertir que la suya fué la de su tiempo. Ni tampoco podia ser de otra manera, cuando todos los partidos que al presente son políticos, en aquel tiempo eran religiosos, y que así en Suiza como en Alemania, en el Norte como en Francia, en Escocia como en Irlanda é Inglaterra, las colectividades informaban sus principios, sus diferencias y hasta su ferocidad en la Biblia; libro que llegó á ser el oráculo universal de los hombres, y que diversamente comentado por opuestos sectarios, á cada interpretacion imprimia carácter de cisma, y á cada jefe autoridad de profeta, y á cada vencido heroísmo de mártir, y á cada vencedor ferocidad bastante para sacrificar los vencidos y ofrecerlos á Dios en holocausto cual víctimas propiciatorias. Habíase apoderado entónces del mundo cristiano una manera de frenesí místico, y por tanto, quien estuviera más frenético debia triunfar. Decia Danton que la palma de la victoria siem-

pre la conquista en las revoluciones el más infame, y lo propio se puede afirmar y con igual exactitud tratándose de las contiendas y luchas religiosas, es á saber: que los honores del triunfo son para el más supersticioso. Pero cuando el supersticioso es al propio tiempo soldado é impone su misticismo á las tropas, no conoce límites su triunfo, pues sujeta con el ejército al pueblo y con la superstición del pueblo al ejército; siendo en ese caso Mahoma si es un genio, y Cromwell si es un fanático-político.

XCV.

No es posible negar á Cromwell, en estricta justicia, la sinceridad, pues sólo esta circunstancia dió pié á su elevación, y si no disculpa, explica sus crímenes; sinceridad que fué su virtud y dió á su vida fe, abnegación, entusiasmo, constancia, patriotismo, tolerancia, sangre fría, devoción, austeridad de costumbres, abnegación, asiduidad á los negocios y á la guerra, y ambición personal para sus deudos, al propio tiempo que imprimió á su modo de ser el carácter patriarcal y romano que reviste bajo todos aspectos. Más aún; le dió la implacabilidad del sectario, que, al exterminar sus enemigos, cree acabar con los enemigos de Dios. Por eso las matanzas de los vencidos en Irlanda y el asesinato premeditado de Carlos I, pueden explicarse denominándolos vértigos de conciencia falseada, en la cual no influían los arranques de clemencia inspirados del corazón que atenúan en César las crueldades del ambicioso, sino el brutal *ex victis* del sectario, del demagogo y del soldado juntamente.

XCVI.

Como acontece siempre, los dos grandes y memorables crímenes de Cromwell se volvieron contra su causa el uno, y el otro contra su memoria.

¿Qué se proponía Cromwell? No era el trono ciertamente, pues ya hemos visto que lo tuvo en su mano varias veces y que lo rechazó siempre para que reinara la Providencia. Quería dejar á su secta convenientemente asegurada la libertad religiosa por medio de la representación del pueblo y del Parlamento, con un poder casi monárquico á la cabeza de la república de los santos. Esto es lo que resulta demostrado de la conducta de toda su vida y de todos sus actos y palabras; fines que habria podido alcanzar igualmente sin condenar á muerte al Monarca, celebrando con él ó con sus hijos un pacto nacional, nueva Carta-Magna, en la cual se hubieran garantizado la libertad religiosa y la representativa; dejando por tal modo jefe á la república, Rey á los realistas, Parlamento poderoso á la nación é independencia triunfante á las conciencias. Pero con la sentencia del rey Carlos y la hecatombe de Irlanda dió sangriento motivo al odio de los realistas y mártires á los cultos perseguidos; facilitó la restauración lenta y segura del poder arbitrario, y del protestantismo oficial ó del catolicismo romano, y allanó el camino para la vuelta inevitable de los últimos Estuardos, porque las dinastías no mueren nunca en el cadalso, sino en la fuga. Y no sólo cayó sobre su causa la sangre derramada por él con tanta ferocidad, si que también eterna y justamente sobre su memoria, no siendo posible por tanto ab-

solver jamás de sus iniquidades al bíblico Mario. Cierta es que cuando hubo anegado en sangre la Inglaterra gobernó con mucho patriotismo, y que fundó en ella poderoso imperio marítimo y terrestre; pero si las naciones son á las veces ingratas con las virtudes que se practican para su bien, áun lo son más, y entónces justamente, con los crímenes que se cometen para engrandecerlas; que los pueblos, digan cuanto les plazca los discípulos de Maquiavelo y de la Convencion, tienen conciencia y remordimientos que duran tanto como la historia, y Cromwell así ofendió la de Inglaterra como sus sentimientos humanos á fuerza de crueldades y de iniquidad. Por eso la sangre de Carlos I y la de Irlanda manchan su nombre y es su memoria sinistramente famosa; por eso sus historiadores, sus tribunos y sus patriotas ni gustan hablar de Cromwell ni que les hablen de él, y se avergüenzan de ser deudores de todo á un hombre semejante; y por eso los ingleses, al propio tiempo que reconocen históricamente la realidad de sus servicios y gozan de sus conquistas, le cierran las puertas del templo de la gloria, y aceptan la obra rechazando al hombre que la ejecutó: que así es Oliver Cromwell para sus compatriotas como las piedras drúidicas en las cuales sus bárbaros antepasados hacian sacrificios humanos á sus dioses; piedras que despues han servido para levantar los cimientos de grandes edificios de otra edad, y que no es posible desenterrar y restituir á la luz del dia sin ver á seguida la mancha de sangre que dejó en ellas salvaje y feroz supersticion.

NELSON.

I.

El personaje cuya biografía nos proponemos referir es inglés, y alcanzó los triunfos más memorables de la época moderna sobre las armas de la Francia y de sus aliados; pero no influirá esa circunstancia en nuestro ánimo para dejar de hacer estricta justicia en todo á su heroísmo y á sus hechos tan grandes como famosos: que si el historiador tiene patriotismo, no así la historia universal, pues precisamente por serlo, debe ser equitativa en la retribucion de mérito y de gloria que los hombres célebres de todos los pueblos han logrado conquistar al traves de los siglos. Y como no adopta causa, ni alcurnia, ni patria, sino heroísmo, ingenio y virtud; como se escribe para el mayor bien é ilustracion de la humanidad entera, y estima por grandeza de la civilizacion cuanto es parte á elevar la especie humana donde quiera que sea, las rivalidades entre razas y pueblos desaparecen y se borran á su vista desde la inconmensurable altura donde coloca su asiento y contempla los sucesos y los personajes. Por eso Annibal, el héroe de Cartago, le parece personaje tan histórico y grande